



INTERNACIONAL

Pivot to Asia 2.0

La alianza EE. UU.-Japón y su impacto en el esquema de seguridad regional

Miguel Ángel Melián Negrín

Consultor en Asuntos Públicos y Analista Internacional en Geopolítica, Seguridad y Defensa





Un mundo que se vuelve transregional

El 28 de octubre de 2024 marcó un punto de inflexión que pasó desapercibido pero que fue decisivo en la seguridad internacional. Ese día, un grupo de altos funcionarios de inteligencia surcoreanos se desplazó a Bruselas para informar a los miembros de la OTAN¹ (y a sus tres socios del Indo-Pacífico²) sobre un acontecimiento inédito, el despliegue de tropas norcoreanas en la región rusa de Kursk en apoyo directo al esfuerzo bélico de Moscú en Ucrania.

La fotografía única de la delegación surcoreana compareciendo en la sede de la Alianza Atlántica para tratar un asunto europeo condensó la transformación geopolítica en curso donde Asia y Europa han dejado de ser teatros separados y, por ende, una realidad en la que la frontera estratégica entre el Atlántico y el Pacífico se ha desdibujado. La nueva realidad internacional muestra una coalescencia adversaria sin precedentes, en la que China, Rusia, Corea del Norte e Irán sincronizan capacidades militares, tecnológicas y logísticas con un nivel de coordinación desconocido desde la Guerra Fría.

El suministro de artillería norcoreana a Rusia, los drones iraníes empleados en Ucrania y la transferencia de tecnología estratégica entre Moscú y Pekín³ forman parte de un mismo patrón: la consolidación de un bloque euroasiático que desafía simultáneamente a las democracias atlánticas y a las potencias del Indo-Pacífico. Ante ello, los aliados occidentales han comenzado a articular una realidad transregional, uniendo a Japón, Corea del Sur, EE. UU. y la Unión Europea en una red de cooperación que reconoce que la seguridad ya no se organiza por continentes, sino por interdependencias estratégicas.

Este proceso responde a la presión de una dinámica estructural donde destaca la simultaneidad de frentes, desde las crisis en Ucrania, Oriente Medio y el Mar de China Meridional hasta la creciente fusión entre los dominios militar, tecnológico y económico. Haciendo, por tanto, que resulten inviables las respuestas regionales aisladas. A partir de lo anterior, el Indo-Pacífico⁴ se ha transformado en el eje operativo de la competencia global, conectando mares, industrias y alianzas que abarcan actores de zonas tan dispares como el Golfo Pérsico o el Mar de Barents.

¹ <https://www.nato.int/en/news-and-events/events/transcripts/2024/10/28/doorstep-statement>

² Australia, Japón y Nueva Zelanda.

³ En el siguiente artículo del Center for European Policy Analysis (CEPA) se analiza en profundidad esta relación estratégica: <https://cepa.org/comprehensive-reports/partnership-short-of-alliance-military-cooperation-between-russia-and-china/>

⁴ Originalmente concebido como dique ante el ascenso chino.

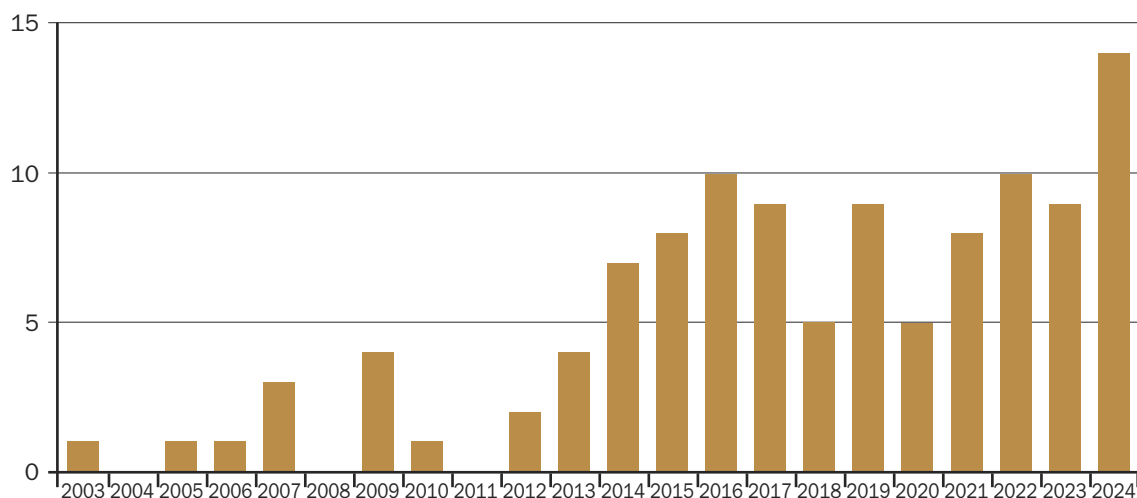


► **Los aliados occidentales han comenzado a articular una realidad transregional, uniendo a Japón, Corea del Sur, EE. UU. y la Unión Europea en una red de cooperación que reconoce que la seguridad ya no se organiza por continentes, sino por interdependencias estratégicas**

Como consecuencia, esta fusión de teatros no sólo reconfigura la lógica de las alianzas sino que aporta un alto protagonismo a las acciones desarrolladas en la denominada “zona gris”, con implicaciones disuasorias, defensivas y reactivas por parte de los Estados afectados. Los ataques híbridos rusos contra cables submarinos en el Báltico⁵, las patrullas aéreas conjuntas sino-rusas sobre el Mar de Japón⁶ o la cooperación cibernética entre Teherán y Pyongyang ilustran una estrategia coordinada de “zona gris” en la que los frentes se multiplican sin declararse. En este contexto, las palabras del entonces ministro de Exteriores japonés Yoshi-masa Hayashi cobran nuevo sentido al afirmar que “la seguridad en Europa y la seguridad en el Pacífico no son separables”⁷.

GRÁFICO 1.

Ejercicios militares conjuntos entre China-Rusia (2003-2024)



Fuente: CEPA-CSIS

⁵ Recordemos los acontecimientos en el gasoducto Nord Stream.

⁶ El pasado noviembre de 2024, China y Rusia realizaron ejercicios aéreos sobre Japón, intensificando su cooperación y presionando al país japonés. <https://www.dw.com/es/china-y-rusia-completan-ejercicios-a%C3%A9reos-sobre-el-mar-de-jap%C3%B3n/a-70914284>

⁷ <https://www.mofa.go.jp/files/100503743.pdf>



► **El *Pivot to Asia* ya no designa un reequilibrio, sino una reconfiguración del orden regional con implicaciones globales y, su segunda fase, que podríamos denominar *Pivot 2.0*, surge como una reacción adaptativa ante la convergencia euroasiática y el auge de un bloque antiamericano más potente**

La consecuencia geopolítica de este fenómeno reabre el debate acerca del retorno de una competencia sistémica global, donde el enfrentamiento entre potencias ya no se libra por la hegemonía territorial, sino por el control de las cadenas industriales, tecnológicas y energéticas. Asimismo, la década de 2020 ha abierto una nueva era transregional. Una era donde las crisis europeas se *asiatizan* y las asiáticas adquieren elementos tradicionales de las europeas. Así, el *Pivot to Asia 2.0* nace precisamente de la constatación en la que el futuro de la seguridad internacional se juega simultáneamente en ambos extremos del *rimland* euroasiático.

Del *Pivot* original al *Pivot 2.0*: continuidad, ruptura y punto de inflexión

Cuando en 2011 la Administración Obama presentó su estrategia de *Pivot to Asia*⁸, lo hizo con la intención de reequilibrar el centro de gravedad de la política exterior estadounidense hacia el Pacífico. Aquel movimiento respondía a una premisa clara en la cual la ascensión de China estaba alterando el equilibrio regional y requería una redistribución de la atención diplomática, económica y militar de Washington. Sin embargo, el *giro* de entonces fue más retórico que estructural, debido a que se articuló en torno a instrumentos de libre comercio⁹, diplomacia multilateral y presencia naval, sin modificar las bases doctrinales de la hegemonía liberal.

Más de una década después, el escenario que inspiró aquella estrategia ha cambiado radicalmente. Las guerras en Ucrania¹⁰ y Gaza, la militarización del Mar de China Meridional, la creciente asertividad de Pekín sobre Taiwán y la cooperación abierta entre Rusia, China, Corea del Norte e Irán han desbordado la lógica regional. El *Pivot to Asia* ya no designa un reequilibrio, sino una reconfiguración del orden regional con implicaciones globales y, su segunda fase, que podríamos denominar *Pivot 2.0*, surge como una reacción adaptativa ante la convergencia euroasiática y el auge de un bloque antiamericano más potente en la región geopolítica de mayor interés.

⁸ Hillary Clinton lo explicaba así en *Foreign Affairs*: <https://foreignpolicy.com/2011/10/11/americas-pacific-century/>

⁹ Como el famoso y polémico Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica

¹⁰ Sustentada en gran medida por la afluencia de capital chino hacia Rusia, permitiendo que este último pueda mantener su maquinaria belicista.



► **El *Pivot 2.0*, en contraste, emerge en un contexto de repliegue selectivo y de liderazgo condicional. Washington ya no aspira a mantener una hegemonía benevolente, sino a establecer alianzas basadas en la reciprocidad y el reparto de cargas**

Por su parte, el primer elemento de continuidad entre ambos pivotes reside en la persistencia de la premisa geoestratégica estadounidense, es decir, la de impedir la formación de un bloque continental capaz de desafiar su primacía. En ello, cabe recordar que la visión de Spykman sigue siendo determinante. Su célebre tesis de 1942¹¹ continúa operando como lógica estructural de la política exterior estadounidense al situar en el centro de la misma el dominio de zonas clave donde proyectar poder, para lo cual el Este de Asia es fundamental. Pero mientras el *Pivot* original buscaba reforzar el control de los márgenes asiáticos mediante alianzas multilaterales, el *Pivot 2.0* se concibe como una alianza tecnológica y militar de bloques frente a una Eurasia integrada por autocracias interdependientes.

La ruptura entre ambos momentos se aprecia, sobre todo, en la naturaleza del liderazgo norteamericano. Durante la Administración Obama (y en parte también bajo Biden con su apuesta a la vuelta al multilateralismo), EE. UU. se percibía a sí mismo como el centro organizador de un sistema liberal global. El *Pivot 2.0*, en contraste, emerge en un contexto de repliegue selectivo y de liderazgo condicional. Washington ya no aspira a mantener una hegemonía benevolente, sino a establecer alianzas basadas en la reciprocidad y el reparto de cargas. Este desplazamiento responde a un agotamiento material que obliga a redefinir la política exterior en términos de sostenibilidad interna.

El punto de inflexión que da paso a esta transición se sitúa entre 2023 y 2025, cuando confluyen tres procesos decisivos. Primero, la aparición de un frente euroasiático cohesionado, donde los vínculos entre Moscú, Pekín y Pyongyang (e incluso Teherán) dejan de ser tácticos para convertirse en estructurales, con intercambio de tecnología, artillería y personal. Segundo, el giro doctrinal estadounidense que demanda más capacidades defensivas para la Alianza Atlántica, empujando a sus aliados europeos a comprometerse de manera más seria y realista con las condiciones globales y sus retos, amenazando incluso con la ruptura con la organización y el rol estadounidense. Y tercero, el fortalecimiento simultáneo de las redes aliadas transregionales, que evolucionan al margen del liderazgo directo estadounidense. Ejemplo de ello son la expansión del AUKUS, el QUAD, los acuerdos UE-Japón y UE-Corea del

¹¹ En su obra *America's Strategy in World Politics: The United States and the Balance of Power*, pronunciaba una de sus frases más célebres: "Quien controla el *rimland* domina Eurasia, y quien domina Eurasia controla los destinos del mundo".



GRÁFICO 2.
Ranking estatal del índice de poder en Asia (2024)

Grupos	Clasific.	País/ Territorio	Puntuación	Tendencia	Ascendente	Descendente
Superpotencias ≥ 70 puntos	1	Estados Unidos	81,7	↗		
	2	China	72,7	↗		
Potencias medias ≥ 10 puntos	3	India	39,1	↗		
	4	Japón	38,9	↗		
	5	Australia	31,9	↗		
	6	Rusia	31,1	↘		
	7	Corea del Sur	31,0	↗		
	8	Singapur	26,4	↗		
	9	Indonesia	22,3	↗		
	10	Tailandia	19,8	↗		

Fuente: Lowy Institute / Asia Power Index

Sur de 2024, y el minilateralismo que une a la India, Australia, Francia o Reino Unido en el océano Índico. Estos acontecimientos marcan el tránsito de una estrategia de reequilibrio a una de anclaje. Si el *Pivot* original pretendía redistribuir recursos y atención, el *Pivot 2.0* busca fijar un bloque de poder tecnológico-industrial capaz de sostenerse por sí mismo frente al bloque contrario.

Y en este proceso, Japón adquiere un papel decisivo. La redefinición del equilibrio indo-pacífico no puede entenderse sin el profundo viraje estratégico iniciado por Tokio desde 2022. El aumento histórico del gasto en defensa, la revisión de la doctrina de autodefensa, la cooperación tecnológica con los estadounidenses y la firma de acuerdos con la UE y el Reino Unido¹² han transformado a Japón de potencia pasiva en pilar operativo del nuevo orden asiático.

Lejos de limitarse a ser un socio subordinado, Tokio se ha convertido en el socio estructural más fiable de Washington, capaz de conectar las lógicas del Atlántico y del Pacífico mediante diplomacia, industria y proyección militar. Así entendido, el *Pivot 2.0* no representa un simple retorno al Indo-Pacífico, sino la constatación de que la defensa del orden internacional ya no puede disociarse de la economía política del poder ni del liderazgo japonés como coautor del bloque *occidental* asiático.

¹² En 2023 firmaron con los británicos uno de sus acuerdos de defensa más estratégicos.



► **El aumento histórico del gasto en defensa, la revisión de la doctrina de autodefensa, la cooperación tecnológica con los estadounidenses y la firma de acuerdos con la UE y el Reino Unido han transformado a Japón de potencia pasiva en pilar operativo del nuevo orden asiático**

EE. UU. y su rol en el Indo-Pacífico bajo el eje Trump-Takaichi

El segundo mandato de Trump ha reconfigurado de manera sustancial el modo en que EE. UU. concibe su papel en el Indo-Pacífico. En esta segunda etapa, la principal protagonista es la reciprocidad estratégica. Este concepto, formulado por el analista Oren Cass¹³, sostiene que las alianzas y los intercambios internacionales deben basarse en beneficios equivalentes y responsabilidades compartidas, sustituyendo el modelo de hegemonía benevolente por uno de interdependencia disciplinada.

Trump ha hecho de esa idea uno de sus núcleos de política exterior. Frente a la lógica del *burden sharing*¹⁴ de la OTAN, su administración ha impulsado un principio de corresponsabilidad obligatoria, exigiendo a los aliados que incrementen sus presupuestos de defensa hasta el 3,5-5 % del PIB y financien parcialmente las operaciones en su entorno regional. La consecuencia inmediata ha sido una redefinición del liderazgo estadounidense, caracterizada por ser menos garante, más árbitro, menos omnipresencia, y más condicionalidad.

En este contexto, el Indo-Pacífico ha dejado de ser sólo un escenario de despliegue estadounidense permanente, para convertirse en un laboratorio de equilibrio entre autonomía aliada y coordinación. Washington mantiene la supremacía en inteligencia, disuasión nuclear y capacidades de proyección, pero delega cada vez más la responsabilidad táctica y logística en sus socios regionales. Así, Japón, Corea del Sur, Taiwán o Filipinas asumen una función de primer anillo defensivo, mientras que EE. UU. se reserva el control del segundo anillo, el de la disuasión estratégica y las cadenas de suministro militar.

El nuevo planteamiento combina, por tanto, realismo clásico con cierto nacionalismo económico. Trump no persigue reconstruir un orden liberal global, sino preservar la ventaja industrial y tecnológica estadounidense, asegurando que las alianzas se traduzcan en retornos tangibles para la economía nacional. Por ende, la noción de “*America First*” deja de ser un eslogan aislacionista para convertirse en una política de reindustrialización estratégica. Y, de esta forma, el Departamento de Defensa im-

¹³ <https://www.foreignaffairs.com/united-states/grand-strategy-reciprocity>

¹⁴ Concepto que hace alusión al reparto de costes y responsabilidades dentro del seno de la Alianza, colectivizando esfuerzos hacia un objetivo conjunto.



► **Japón, Corea del Sur, Taiwán o Filipinas asumen una función de primer anillo defensivo, mientras que EE. UU. se reserva el control del segundo anillo, el de la disuasión estratégica y las cadenas de suministro militar**

pulsa la producción doméstica de munición, drones y semiconductores, mientras que el Departamento de Comercio aplica una política de exclusión progresiva de China en las cadenas críticas de valor.

Esa lógica de reciprocidad encuentra un paralelismo notable en la política de Sanae Takaichi, reciente primera ministra de Japón¹⁵ y líder del Partido Liberal Democrático. Takaichi, considerada el referente más próximo a Trump en el espectro político asiático, comparte su visión de soberanía tecnológica, autonomía industrial y defensa sin complejos de los intereses nacionales. En su discurso de Tokio de octubre de 2025, definió el futuro de Japón como “una nación capaz de decidir por sí misma”¹⁶, una formulación que evoca la misma doctrina de paz a través de la fuerza (de su demostración, más bien) que guía el actual planteamiento norteamericano.

Por tanto, ambos líderes personifican una alianza ideológica y estratégica de signo nacional-realista, que reemplaza la retórica del multilateralismo por la cooperación entre potencias autosuficientes. Si durante décadas el país norteamericano lideró una red de aliados dependientes en el Indo-Pacífico, hoy apuesta por un consorcio de socios corresponsables, con Japón en el centro. Washington considera a Tokio no sólo un aliado militar, sino una especie de socio diseñador del nuevo equilibrio asiático, capaz de asumir un papel activo en el liderazgo de la seguridad y el mantenimiento de la estabilidad regional.

En la práctica, esto se traduce en un reparto funcional de tareas. EE. UU. asume la función de “dorsal estratégica”¹⁷, mientras Japón lidera la arquitectura industrial y tecnológica del bloque occidental asiático a través de sectores estratégicos como los semiconductores, inteligencia artificial y robótica dual. Con lo anterior, el *Pivot 2.0* de Trump, no se fundamenta en la expansión de la presencia militar directa, sino en la multiplicación de nodos aliados autosuficientes. Este tipo de doctrina de reciprocidad no sólo alivia la carga estadounidense, sino que también refuerza la legitimidad de sus alianzas al exigir resultados concretos. Más gasto, más capacidad y más alineamiento industrial. En el fondo, esta transformación representa una nueva forma de hegemonía en la que se aparta la visión imperial por una más selectiva y resiliente.

¹⁵ Fue nombrada el pasado 21 de octubre de 2025.

¹⁶ <https://japan.kantei.go.jp/104/statement/202510/24shoshinhyomei.html#10>

¹⁷ Centrada en el control nuclear, cibernético y de inteligencia.



► **El binomio Washington-Tokio se ha convertido en el núcleo operativo del nuevo orden indo-pacífico. Una asociación estratégica cuasi horizontal que combina poder económico, innovación tecnológica y legitimidad democrática frente al bloque autoritario euroasiático**

De ahí que el binomio Washington-Tokio se haya convertido en el núcleo operativo del nuevo orden indo-pacífico. Una asociación estratégica cuasi horizontal que combina poder económico, innovación tecnológica y legitimidad democrática frente al bloque autoritario euroasiático. Mientras Trump redefine la reciprocidad global, Takaichi intenta ser capaz de traducir ese impulso en clave japonesa, articulando un nacionalismo democrático compatible con la cooperación occidental. Por tanto, el eje Trump-Takaichi simboliza el tránsito hacia una hegemonía estadounidense basada en un coliderazgo transpacífico, en la que EE. UU. conserva la iniciativa estratégica y Japón aporta continuidad, legitimidad regional y densidad industrial, en una reedición del eje Reagan-Nakasone adaptado a nuestro siglo.

El liderazgo regional de Japón en este nuevo ciclo

El país nipón enfrenta indudablemente hoy día uno de sus mayores retos, retomar el liderazgo regional en términos de seguridad e influencia. El ascenso de Japón como actor estratégico de primer orden constituye una de las transformaciones más significativas del Indo-Pacífico contemporáneo. Durante décadas, Tokio había desempeñado un papel esencialmente económico y diplomático bajo el paraguas de seguridad estadounidense, limitado por la interpretación pacifista del artículo 9¹⁸ de su Constitución. No obstante, la erosión del entorno regional, la agresividad de China¹⁹ y Corea del Norte y la percepción de un liderazgo estadounidense más selectivo han llevado a Japón a asumir una madurez estratégica sin precedentes.

Desde 2022, Tokio ha abandonado progresivamente la lógica del segundo plano y ha iniciado un proceso de normalización militar que reconfigura su identidad nacional. La Estrategia Nacional de Seguridad, aprobada por el gobierno de Fumio Kishida, introdujo por primera vez el concepto de capacidades de defensa preventivas, es decir, la capacidad de realizar ataques preventivos en caso de amenaza existencial. Esa revisión doctrinal (la más profunda desde 1947) se acompaña de un incre-

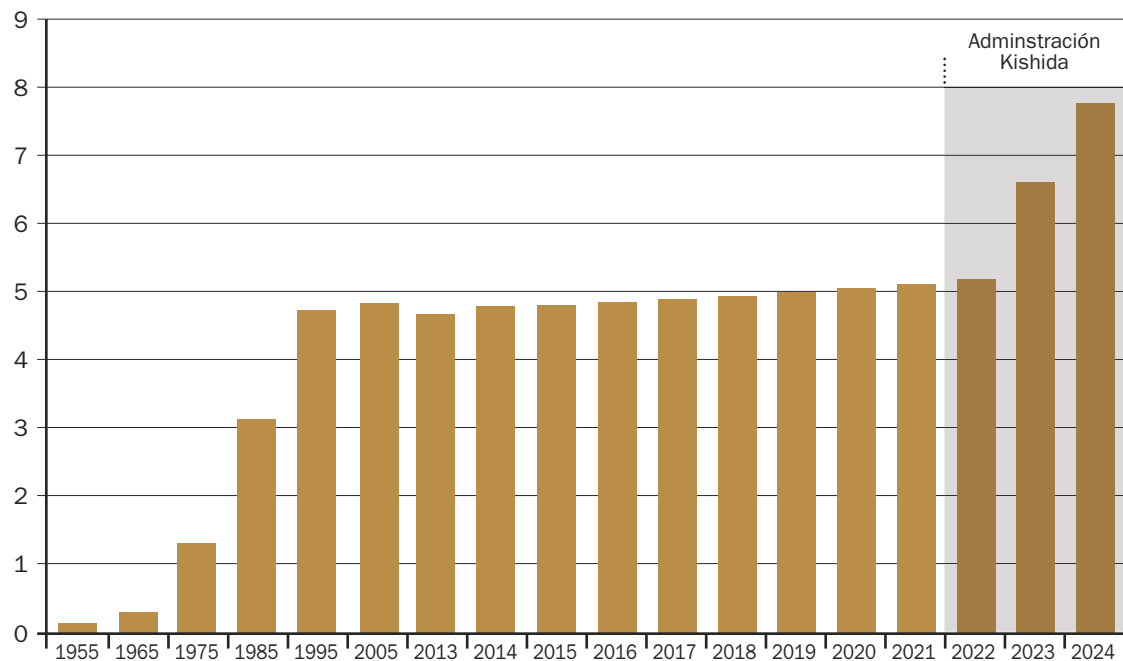
¹⁸ El pasado 15 de noviembre Takaichi abrió la puerta a reformar dicho artículo constitucional de cara a iniciar una nueva etapa en el país, que apostaría por la autosuficiencia estratégica y por el desarrollo de sus capacidades defensivas.

¹⁹ Recientemente, Takaichi ha declarado que un escenario de invasión china sobre Taiwán amenazaría directamente a la supervivencia de Japón, situando así la rivalidad con el gigante asiático como asunto de prioridad estratégica en su política exterior.



GRÁFICO 3.

Evolución del gasto en defensa de Japón (1955-2024)



Fuente: Ministerio de Defensa de Japón - Nippon

mento histórico del gasto en defensa, que alcanzará el 2 % del PIB antes de 2027, y de una política industrial orientada a la producción local de misiles, satélites y sistemas de inteligencia artificial aplicados a la defensa.

En este sentido, Japón intenta consolidarse como el pilar oriental del bloque occidental-industrial en la región. Su cooperación con los estadounidenses ya no se limita a la interoperabilidad militar, sino que se extiende a la codiseñanza tecnológica y a la arquitectura de seguridad de la región. Tokio lidera proyectos avanzados de defensa conjunta y ha firmado acuerdos de seguridad y defensa con Australia, Filipinas y Vietnam. Así, Japón está impulsando un activismo hacia una autonomía estratégica creciente, no orientada a sustituir a Washington, sino a complementar y estabilizar su liderazgo en el Indo-Pacífico.

► **El liderazgo regional de Japón también se proyecta en el terreno diplomático. Tokio se ha convertido en un nodo articulador del multilateralismo funcional, capaz de cooperar con EE. UU. en el QUAD, con Europa en los acuerdos de seguridad de 2024 y con la India y Australia en el marco Indo-Pacífico**



► **La intensificación de las incursiones aéreas y marítimas chinas en torno a las islas Senkaku, el rearme naval y la ambición de Pekín sobre Taiwán han llevado a Japón a redefinir su postura de autodefensa como un instrumento activo de disuasión**

La visión de Takaichi ha sido clave para dotar a este proceso de una base ideológica coherente. Takaichi, protegida del asesinato Shinzo Abe, tradicionalmente ha defendido un “nacionalismo productivo” que une seguridad y reindustrialización, con la convicción de que la fortaleza tecnológica es condición de la soberanía política. A este respecto, la coordinación con el planteamiento de reciprocidad de la Administración Trump no es casual, dado que ambos modelos convergen en un principio común de autosuficiencia aliada frente a la vulnerabilidad de las cadenas globales dominadas por China.

El liderazgo regional de Japón también se proyecta en el terreno diplomático. Tokio se ha convertido en un nodo articulador del multilateralismo funcional, capaz de cooperar con EE. UU. en el QUAD, con Europa en los acuerdos de seguridad de 2024 y con la India y Australia en el marco Indo-Pacífico. Esa red, más flexible que los viejos esquemas de alianza, responde a una lógica de minilateralismo donde sumar capacidades convergentes frente a desafíos comunes sin reproducir estructuras rígidas. Japón ejerce, en este entramado, un liderazgo de legitimidad, para el cual su proyección se percibe como disuasiva a la par que se considera nacionalista, pero compatible con el orden liberal.

Concluyendo, Tokio entiende que el poder contemporáneo se mide tanto en capacidad industrial como en resiliencia política. Su apuesta por la energía nuclear de nueva generación y la política de *chips*²⁰ buscan crear una base industrial regional compartida que sostenga el esfuerzo de disuasión y vincule capacidades europeas y asiáticas en una suerte de “OTAN de la producción”.

Esta orientación retoma el realismo institucional de Nakasone, actualizado por el eje Trump-Takaichi, que combina presión estratégica y orden productivo para lograr equilibrio mediante fortaleza. En este marco, Japón se ha convertido en la bisagra del Indo-Pacífico, traduciendo la disuasión norteamericana al lenguaje político asiático y ofreciendo a Occidente la continuidad que Washington, en su repliegue selectivo, ya no garantiza. El resultado es que Tokio no es ya sólo un aliado, sino un socio indispensable en la definición del nuevo orden regional.

²⁰ En alianza con EE.UU., Taiwán y Países Bajos.



- **Rusia percibe el fortalecimiento de Japón como un factor desestabilizador que altera el *statu quo* del Pacífico septentrional. Moscú ha incrementado su presencia naval en el mar de Ojotsk y reactivado sus despliegues en las Kuriles, combinando retórica histórica con cooperación operativa con China**

Implicaciones estratégicas del nuevo orden euroasiático

El fortalecimiento de la alianza entre Japón y EE. UU. está alterando los equilibrios tradicionales del orden asiático. La conversión de Tokio en actor estratégico de primer nivel, impulsada por su creciente autonomía industrial y su compromiso con la disuasión, ha generado una redistribución de poder cuyas consecuencias trascienden el ámbito bilateral. Este liderazgo renovado, sustentado en una cooperación tecnológica y doctrinal más estrecha con Washington, sitúa a Japón en

GRÁFICO 4.

Expansión japonesa en el Indo-Pacífico en 1942



Fuente: Britannica



el epicentro del nuevo orden indo-pacífico y provoca una reacción en cadena entre los actores que históricamente han condicionado su entorno de seguridad.

La primera implicación se observa en la relación con China, cuyo ascenso continúa siendo el principal vector de presión estratégica para Tokio. La intensificación de las incursiones aéreas y marítimas chinas en torno a las islas Senkaku, el rearme naval y la ambición de Pekín sobre Taiwán han llevado a Japón a redefinir su postura de autodefensa como un instrumento activo de disuasión. A ojos de Pekín, la alianza ampliada con EE. UU. y los acuerdos tecnológicos en defensa constituyen una amenaza directa a su margen de maniobra regional.

La segunda derivada procede del norte. Rusia percibe el fortalecimiento de Japón como un factor desestabilizador que altera el *statu quo* del Pacífico septentrional. Moscú ha incrementado su presencia naval en el mar de Ojotsk y reactivado sus despliegues en las Kuriles, combinando retórica histórica con cooperación operativa con China. En este sentido, la frontera ruso-japonesa podría convertirse en un flanco secundario del conflicto euroasiático, susceptible de tensiones o incidentes en escenarios híbridos. Japón, consciente de este riesgo, ha reforzado su coordinación con Washington y Canberra en vigilancia aérea y patrullas de reconocimiento, pero aún carece de plena autonomía operativa para responder con rapidez en caso de crisis simultánea.

La tercera fuente de riesgo proviene de Corea del Norte, cuya expansión nuclear y capacidad (y desarrollo) misilística sigue siendo el factor más inmediato de amenaza. Las pruebas de misiles sobre el mar de Japón y la transferencia de material bélico norcoreano a Rusia refuerzan la percepción de un entorno estratégico altamente volátil, en el que cualquier error de cálculo podría desencadenar una crisis regional de alta intensidad.

Ante este panorama, Japón se enfrenta al desafío de equilibrar su dependencia estructural de EE. UU. con la necesidad de una autonomía estratégica real. La alianza sigue siendo el pilar de su seguridad, pero Tokio es cada vez más consciente de que el poder estadounidense se orienta a la selectividad de un apoyo garantizado, pero condicionado. De ahí que el debate interno gire hacia la construcción de una capacidad de disuasión autónoma, basada en medios de ataque preventivo, defensa antimisiles de múltiples capas y producción nacional de armamento estratégico.

► **Un Japón más robusto refuerza la arquitectura de seguridad del Indo-Pacífico y ofrece estabilidad a los socios menores del sudeste asiático, que ven en Tokio un contrapeso más previsible que Washington**



Con todo lo anterior, las implicaciones de este proceso son profundas. En primer lugar, un Japón más robusto refuerza la arquitectura de seguridad del Indo-Pacífico y ofrece estabilidad a los socios menores del sudeste asiático, que ven en Tokio un contrapeso más previsible que Washington. Pero, al mismo tiempo, su rearmamento altera las percepciones de poder en una región marcada por traumas históricos y rivalidades no resueltas, reavivando tensiones con China y Rusia y empujando a Corea del Norte a una espiral de provocaciones.

El liderazgo japonés, por tanto, entraña un dilema estratégico en el que cuanto más autónomo sea, más necesaria será su prudencia. Tokio debe demostrar que su expansión defensiva no busca hegemonía, sino equilibrio y que su alianza con EE. UU. no implica subordinación, sino corresponsabilidad. En definitiva, el liderazgo japonés emergente abre un escenario de reconfiguración simultánea donde fortalece la arquitectura aliada, pero también redefine las líneas de fricción con sus vecinos nucleares y continentales.

Un nuevo ciclo para el Indo-Pacífico

La reactivación y redefinición del eje EE. UU.-Japón marca el inicio de una nueva etapa en el equilibrio de poder del Indo-Pacífico. La magnitud del asunto ya no obedece únicamente a la distribución regional de capacidades, sino a la arquitectura de seguridad que estructurará la región en las próximas décadas. La convergencia entre ambos países en torno a una visión compartida de disuasión, resiliencia industrial y defensa tecnológica inaugura un ciclo en el que Japón deja de ser un actor de segundo plano y se proyecta como potencia con agencia estratégica propia.

Indudablemente, este cambio posee una dimensión histórica significativa. Desde los años ochenta no se observaba un alineamiento tan estrecho entre líderes estadounidenses y japoneses como el que hoy encarnan Trump y Takaichi. La reedición de este tándem tiene implicaciones que trascienden lo simbólico, consolidando un marco de corresponsabilidad que combina el músculo militar estadounidense con la capacidad tecnológica y productiva japonesa.

En esta línea, una de las vías más plausible será aquella en la que la alianza deje de ser un arreglo asimétrico y evolucione hacia una cooperación en ambos lideraz-

► **La reactivación y redefinición del eje EE. UU.-Japón marca el inicio de una nueva etapa en el equilibrio de poder del Indo-Pacífico. La magnitud del asunto ya no obedece únicamente a la distribución regional de capacidades, sino a la arquitectura de seguridad que estructurará la región en las próximas décadas**



► **El resurgimiento de Japón como potencia estabilizadora y, a la vez, como freno potencial a las ambiciones de Pekín puede constituirse como una de las transformaciones más profundas del orden regional desde 1945**

gos, diseñada para operar frente a un escenario multiteatro y a una competencia estratégica cada vez más densa. En este contexto, la cuestión decisiva será cómo reaccionarán China y sus aliados. Para Pekín, el ascenso de un Japón más autónomo y la robustez renovada del bloque occidental representan el desafío más serio a su estrategia de expansión regional desde el fin de la Guerra Fría. China deberá calibrar entre intensificar su presión (multidominio) o modularla para evitar un cerco más sólido. Corea del Norte, por su parte, seguirá actuando como vector de desestabilización, mientras que Rusia reforzará su presencia en el Pacífico norte para compensar su desgaste en Europa y para debilitar la cohesión aliada.

En definitiva, esta dinámica revela un principio estructural donde el Indo-Pacífico se confirma como el escenario prioritario de la competencia sistémica del siglo XXI. La estrategia china ya no se desarrolla sólo en Taiwán o en el mar de China Meridional, sino en el modo en que responde a un Japón que ha decidido dejar atrás décadas de contención doctrinal. El mero hecho de que Tokio esté reconfigurando su política de defensa altera el cálculo estratégico de toda la región. Así, el resurgimiento de Japón como potencia estabilizadora y, a la vez, como freno potencial a las ambiciones de Pekín puede constituirse como una de las transformaciones más profundas del orden regional desde 1945. Si su liderazgo renovado se sostiene en el tiempo, puede reforzar el equilibrio y ofrecer una alternativa estable a los países del sudeste asiático.

Simultáneamente, este giro también implica riesgos de gran calado estratégico, sobre todo en lo relativo a incrementar el grado de fricción inmediata con una China que percibe cualquier refuerzo aliado como una amenaza existencial. En definitiva, el *Pivot to Asia 2.0* abre un ciclo caracterizado por alianzas más densas, competencia más explícita y riesgos más elevados. El modo en que se gestione esta nueva ecuación determinará si la región evoluciona hacia un orden disuasivo y estable o hacia una espiral de confrontación prolongada. Aquí, el eje Tokio-Washington será, sin duda, el punto de apoyo sobre el que se incline la balanza.

faes
FUNDACIÓN

Suscripción a Cuadernos de Pensamiento Político:
<https://fundacionfaes.org/analisis-de-faes/#htmegetab-11b63d74>
www.fundacionfaes.org

C/ Ruiz de Alarcón, 13. 2ª planta
28014 Madrid
Tlf 915 766 857
info@fundacionfaes.org
fundacionfaes@fundacionfaes.org

DONACIONES

REDES SOCIALES

